

Fracaso escolar y su vínculo con el maltrato entre alumnos: el aula como escenario de la vida afectiva

MARÍA TERESA PRIETO QUEZADA
JOSÉ CLAUDIO CARRILLO NAVARRO
Universidad de Guadalajara,
Centro Universitario del Norte, México

Introducción

Abordar el tema de fracaso escolar y su relación con el maltrato entre pares (*bullying*) es una tarea compleja pero a la vez necesaria, ya que como profesores enfrentamos en la actualidad el aumento preocupante de conductas de disrupción, indisciplina y agresión constante entre compañeros, incluso actitudes de carácter vandálico como el robo y la destrucción de pertenencias, y muchas otras usualmente consideradas como parte de la cotidianidad de los alumnos en los espacios escolares; el desprestigio, la burla, la humillación, el insulto directo o velado y el menosprecio, que vienen a ser parte de la interacción dialéctica que permite el tránsito entre ellos.

La violencia en las instituciones escolares en México, es hoy un problema que influye y en ocasiones obstaculiza un normal desarrollo de la enseñanza aprendizaje, contaminando la interacción en los distintos niveles entre los sujetos que conviven en los espacios escolares. El maltrato entre compañeros desde la educación básica (primaria), media básica (secundaria) o cualquier otro nivel escolar, impacta las acciones educativas desencadenando ocasionalmente situaciones como la deserción, la reprobación o bajo rendimiento, como consecuencia del abuso y la violencia psicológica. Esta última, genera entre los alumnos sentimientos de inferioridad, timidez o angustia y en muchos casos fracaso escolar, que se manifiesta en bajo rendimiento, ausentismo y finalmente, la deserción o expulsión, voluntaria o forzada.

La violencia escolar es multifacética y no es conveniente referirse a ella de forma genérica, ya que en la escuela, como en el resto de las instituciones cerradas y estables, se producen fenómenos de violencia esporádicos, que no por terribles deben ser interpretados como un fenómeno diferente del que tiene lugar en otras instituciones. Si pensamos en el concepto de alumnos de un grupo y centramos nuestra mirada en la existencia de problemas de violencia entre escolares, nos encontramos con un problema, el del maltrato y los comportamientos prolongados de abuso y dominio por parte de unos alumnos respecto a otros. Se trata de un fenómeno concreto que, como se ha observado, tiene significación personal en sus protagonistas y repercusiones graves en el proceso de socialización de los niños y jóvenes en su integración social.

Revista Iberoamericana de Educación

ISSN: 1681-5653

n.º 49/5 – 25 de mayo de 2009

EDITA: Organización de Estados Iberoamericanos
para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI)



Desde esta postura, nociones susceptibles de construirse en forma conceptual son también parte de la experiencia que los sujetos perciben en su vida cotidiana de manera natural, como por ejemplo: poder, agresión, injusticia, desigualdad. Por esta razón, esas nociones se intercalan en las explicaciones dadas por los alumnos al maltrato entre iguales, como han encontrado estudios como los de Ortega (2000), Osorio (2006), Velázquez (2005) y Prieto (2005), entre otros, los cuales permiten advertir que en la exploración de este fenómeno se tiene que recuperar la experiencia de vida de quienes han sufrido, sentido y comprendido el maltrato a partir de todos estos elementos.

El aula como escenario de la vida afectiva de las víctimas

Podríamos definir la afectividad como la tonalidad emocional que acompaña, de forma relativamente permanente, a los vínculos interpersonales que se establecen entre los seres humanos que viven juntos o hacen cosas juntos durante un tiempo prolongado. Esta tonalidad afectiva acompaña todos los procesos de comunicación e interacción social y llega a constituir parte de las características de la personalidad de cada uno de los sujetos que participan en un ámbito específico como es la escuela.

Sabemos muy poco sobre cómo se configuran los escenarios afectivos que necesariamente existen en ámbitos de desarrollo y educación formal, como el que representa la escuela obligatoria. No obstante, en los últimos años y desde distintas posiciones teóricas, se está trabajando con las condiciones de vida y de actividad en la que se desenvuelven los individuos en concreto.

Podemos decir que el sujeto humano es un ente psicosocial que no crece en solitario, sino que está en permanente interacción con su entorno en el que aprende, pero también en el que encuentra vínculos afectivos y desde el que elabora los principios morales que le sirven de referencia para sus actuaciones. No se pueden ver los afectos aislados de la realidad, ni el proceso social desligado del sujeto, sino al sujeto en interacción permanente y constante con la realidad social que genera y que a la vez influye sobre él.

Una historia de fracaso escolar: la ley del silencio en el maltrato escolar

El silencio es una de las características que se repite en todas las víctimas de intimidación y maltrato. Para poder documentar esta afirmación no es necesario ir tan lejos, basta con sólo ir a los sujetos que son parte de esta realidad como parte de su escenario cotidiano. Los fragmentos de la historia que a continuación analizamos se refieren a "José", nombre con el que pretendemos hacer alusión a la vida de cualquier sujeto, que en nuestro caso fue real, pero preferimos emplearlo de manera general, porque a través del mismo se objetiva la existencia de otros. José tardó muchos años en contar a alguien el drama que le tocó vivir. El silencio es una categoría común y natural no sólo de la víctima de maltrato, sino también de los que observan estos eventos y, en muchas ocasiones, de los centros educativos que desconocen la magnitud del problema. Recuerda perfectamente en qué etapa escolar inició todo este sufrimiento.

"Yo sufrí de maltrato escolar desde la secundaria, después de que en la primaria, por mi buena aplicación, llegué a ser de los mejores alumnos del Estado y fui invitado por la Secretaría de Educación Pública a la Ciudad de México a visitar al presidente y él me dio un reconocimiento por ser de los mejores estudiantes del país".

El esfuerzo de José en la primaria se vio coronado por el éxito en el escenario escolar, equivalente a haber sido seleccionado como uno de los mejores alumnos de ese ciclo escolar. Este hecho tan importante, siendo José un niño, le permitió estar orgulloso de sí mismo, tener una autoestima elevada y generar una satisfacción por la escuela y su entorno. Desgraciadamente, no duró mucho tiempo esta etapa, porque murió su padre y las interacciones escolares a partir de la secundaria cambiaron, como cambió su propia vida.

Acertadamente, Arfuch (2002) señala que la infancia será el anclaje obligado de todo devenir, lugar sintomático cuya funcionalidad no tiene que ver sólo con una coherencia narrativa, sino explicativa. En este caso, la intimidación entre compañeros le generó a José maltrato, rechazo, tortura, marginación, aislamiento y exclusión. Una característica que se repite en la mayoría de los casos de alumnos que viven intimidación y maltrato es que la aparición de este problema se sitúa entre la niñez y la adolescencia, porque es cuando más cambios sufren los menores, tanto físicos como emocionales, y José no fue la excepción al llegar a la secundaria.

Velázquez (2002) ya reconocía que en el ámbito escolar no suelen ser bien vistos los buenos estudiantes, sino por el contrario, muchas veces serán objeto de burlas y exclusiones y tendrán que enfrentar el rechazo de sus compañeros o retirarse de la lucha desertando de la escuela. El siguiente fragmento confirma esta explicación.

“En la secundaria fue terrible el problema de agresión, y tuve que abandonar la escuela. Era un niño muy delgado, de tamaño promedio, pero muy delgado. No tenía un ejemplo paterno, mi padre había muerto, mi tío que me cuidaba era un hombre muy pasivo y un mal ejemplo a seguir”.

En este sentido, Bandura (1984) señala que la imitación juega un papel importante en la adquisición de la conducta, el observador puede aprender respuestas nuevas o variar las características de respuestas previas, y en la familia de José no había a quien imitar, ya que su tío fue considerado por éste como un mal ejemplo y del cual, en su narrativa, señala constantemente sentir pena y vergüenza. Aunque José no dio tan fácil su brazo a torcer, ya que era inteligente y se defendía con una actitud hacia el exterior que él pensaba que ayudaría a contrarrestar el maltrato.

“Por un lado tenía una actitud muy decidida, era una niño independiente, siempre fui una persona que me guiaba por mi propia percepción, más que por lo que otras personas me decían. Eso podría pensarse que corresponde a una persona con capacidad de liderazgo o alguien fuerte... Cuando estaba en la primaria fui agredido por mis compañeros, pero me respetaban porque era listo... Cuando terminé la primaria, entré a la secundaria donde había un mejor nivel económico que el de la primaria, es decir, la economía tiene que ver en todo. También mi nivel intelectual era mayor, esto generó en mis compañeros expectativas. Al principio fui aceptado porque era un compañero listo. No era un compañero atlético, ni un niño guapo, pero no era un niño feo. Tenía una presencia normal, con ciertas capacidades intelectuales, pero con una actitud egocéntrica, no respaldada por una capacidad de ese tamaño. No necesariamente, pero creo que muchos pueden tomar una actitud protagónica si tienen un bagaje de capacidad, que sea ampliamente respetada por el grupo en el que se desenvuelve... Alguien puede ser arrogante si tiene algo que los otros valoran, pero si alguien es arrogante y no cuenta con el cuadro que más valora el grupo, está definitivamente destinado al rechazo en ese grupo, que fue lo que me pasó”.

Respecto a esto, Velázquez (2002) sostiene que muchas veces el buen estudiante se encuentra en una situación esquizofrénica, debatiéndose entre complacer al maestro y a las instituciones o complacer a

sus compañeros. La decisión que tome le causará inevitablemente problemas. Arendt (1998) advierte que no hay ningún tipo de consideración con la víctima. Lo que le queda a ésta es una baja autoestima y una inmensa sensación de fracaso. El sujeto queda desfigurado y sobreviviendo en su entorno.

“Me sentía aterrado de ir a la escuela y de mis compañeros”

La llegada de José a la secundaria no fue grata, como lo narra en el párrafo anterior. De ser un excelente alumno en la primaria pasó a ser otro sujeto, gracias a los golpes, el maltrato y la presión que ejercían sus compañeros sobre él. El maltrato constituyó una modalidad de violencia que generó miedo en José y lo vivenció como una amenaza, que redujo su capacidad de defensa ante el mundo y ante sus compañeros de clase.

“Desde ahí, ya no fui el alumno aplicado, no hacía tareas, no estudiaba. Pero lo que traía me permitía solventar la situación. Yo podía pasar las asignaturas sin esforzarme, pero la presión social, el rechazo, se fue marcando al grado de que cuando yo estuve en segundo grado de secundaria, yo era golpeado todos los días, y humillado todos los días. Si llegaba alguien era un “sope” (golpe en la cabeza), era un aventón, todos los días, todos los días, todos en grupo. Llegó el momento en que me sentía completamente aterrado de ir a la escuela y de mis compañeros”.

Los ambientes de intranquilidad y de terror que vivió José eran acción y presencia en su múltiple enunciación, ya que el terror necesita que su presencia sea recordada para que permanezca, incluso disfrazado. Michel Foucault (1992), en *Vigilar y castigar*, señala que las características de los nuevos tiempos, la desaparición de los suplicios, la instauración de castigos menos físicos, cierta sutileza en el arte de hacer sufrir, es lo que marca los tiempos modernos.

La dificultad de José para salir por sus propios medios de esas situaciones de ataque y maltrato le provocan efectos claramente negativos, tales como un bajo rendimiento escolar, descenso en su autoestima, estados de ansiedad y cuadros depresivos que se ven permanentemente en sus narraciones. Por ejemplo, a la pregunta ¿qué tipo de golpes de tus compañeros te dolían más?, él señala:

“No me refiero a palizas de que llegara con un ojo morado, de haber sido así, hubiera estado bien. Es más grave la violencia emocional y moral que la violencia física, porque cuando eres considerado como el peor de todos y a cada paso alguien tiene oportunidad de decirte que eres lo peor, y con eso él dice que es mejor que tú, te quitan dentro de ese grupo la autoestima. Eso es peor a que te golpeen, ya después tuve peleas más o menos fuertes entre niños, tuve de las dos cosas, y fue peor la violencia moral que la violencia física”.

El carácter introvertido de José, su gran sensibilidad y una inteligencia superior a la de la media, hicieron el resto. José señala que se vino abajo su autoestima y la imagen negativa que llegó a tener de sí mismo afectó tanto su competencia académica, como conductual y de apariencia física.

“En la escuela no era atractivo como amigo para los fuertes y no era conveniente como amigo para los débiles”

La educación como práctica social transmite la cultura dominante mediante el intercambio social y del lenguaje, en las relaciones de poder que se dan en el aula y en la institución educativa. José reconocía

en el aula la lucha de poder al aceptar que en su interacción escolar había fuertes y débiles y que él no estaba apoyado ni por unos ni por otros, esto había producido en él sentimientos de impotencia y pérdida de control de su vida y de su identidad, lo que se refleja en la siguiente viñeta.

“En la secundaria, donde pasa uno de ser niño a ser adolescente, y tiene que demostrar una serie de capacidades viriles, liderazgo en los deportes, seguridad con las chicas, que yo no tenía en absoluto. La presión se hace muy fuerte, y entre otras cosas se busca alguien que sea el blanco de las burlas. Si algo sale mal, si estamos platicando y diciendo quién es el tonto, estamos buscando quien sea el héroe o el más fuerte, hay que buscar el otro polo. Yo tenía las probabilidades más altas de ser el otro polo, el polo negativo, y era difícil porque si había en mi una definición personal o una voluntad, cómo se puede decir, más autodidacta del común, yo no era un niño *pokemón* o un niño *thundercat*. Sí me gustaban y sí veía caricaturas pero, para poner un ejemplo, cuando estaba en quinto año lo que más me impresionó y recuerdo es la fotografía de una estatua de Octavio Augusto, un emperador romano. Yo tenía 10 años y me gustó mucho la serenidad y fortaleza que reflejaba en ese tiempo. Quizás no lo podía decir en ese momento, pero lo percibía, y estamos hablando que en esa época el ídolo de mis compañeros era Batman o algo así. Entonces, era un contraste tener una conciencia de individualidad en ese momento y, en contraste, que todo el mundo te diga que no eres nadie o que si eres alguien eres el peor”.

José fue un niño y adolescente no común, pero la diferencia le costó el maltrato y el rechazo de sus compañeros de clase y la indiferencia de los otros ante su problema. Se sentía perdido y solo. José en ese momento era un sujeto roto, fragmentado, disociado entre lo racional y lo emocional, entre sus expectativas y su vida misma, lo cual relata a continuación.

“Entonces, al no tener aliados, llegó un momento en que no tenía ni un solo amigo en la escuela, y en el salón de clases era como el apestado. Si alguien andaba conmigo sabía quizás y temía que también podía ser blanco y atacado también. En la escuela no era atractivo como amigo para los fuertes y no era conveniente como amigo para los débiles... Entonces, estaba solo, totalmente solo, ahí no puede ayudarte tu hermano, no puede ayudarte... nadie puede ayudarte, estás solo y te la rifas. Pensé en ese momento... es mejor desertar”.

Esto nos permite observar cómo un sujeto que se percibe averiado en su desarrollo intelectual por factores afectivos, ausencia de reconocimiento social, carencia de apoyos emocionales, puede omitir de manera consciente su ampliación en otras esferas de desarrollo cognitivo y de enlace con los otros.

José confiesa que acabó tan hundido en ese mundo solitario, como víctima de sus compañeros, que jamás reunió el valor para enfrentarse a ellos. En esta parte, los observadores, silentes por naturaleza, suelen callar porque ellos piensan que podrían ser los siguientes en la lista de víctimas.

Por otra parte, muchos alumnos, observadores del maltrato, piensan que el problema no les incumbe. Díaz Aguado (2004) señala que esos escolares acaban sufriendo falta de sensibilidad y se convierten en apáticos y sin solidaridad, lo que aumenta el riesgo de que, en el futuro, ellos también puedan ser protagonistas directos de la violencia.

“Falté al menos la mitad del año. Fracasé en todo... y fui expulsado de la escuela”

José no esperaba que sus compañeros lo ayudaran a resolver su conflicto y quedó atrapado en una especie de burbuja, aislado de todo lo que le rodeaba. Soportó esta intimidación sistemática, la cual impactó su vida y actividades escolares, como lo manifiesta en el siguiente testimonio.

“En el segundo año de secundaria falté al menos la mitad del año. Fracasé en todo, eso fue una crisis fuerte, porque se supone que para lo único que era bueno era para el estudio. Era listo, pero ahí, ya no era fuerte ni listo... me sentía un fracasado. No era nadie... Ahora lo puedo decir de este modo porque ha pasado el tiempo y algo habrá cicatrizado. Quizás algo queda, pero en aquel tiempo era muy duro, al grado que ni podía llorar, ni siquiera podía lamentarme. A ese grado estaban las cosas, reprobé y fui expulsado de la escuela”.

La depresión, el desánimo y el sentimiento de fracaso estaban presentes en la vida estudiantil de José. Empezó a reprobando materias, haciéndose más frecuente la ausencia a la escuela y, finalmente, ante esas situaciones que se fueron sumando una a una, tuvo que abandonar la secundaria. José experimentó toda la gama de sensaciones de impotencia, desesperanza y de ausencia de justicia. Velázquez (2002), en torno a este fenómeno, hace referencia al papel de la institución, la cual produce en buena medida efectos negativos, como la deserción escolar o la negativa a aprender en los estudiantes.

Paradójicamente, el papel de la víctima, en este caso, es más vergonzoso y difícil de declarar que el papel del agresor. José no sólo se silenció en la escuela, sino que en el ámbito familiar e institucional nunca se supo del maltrato que sufría, como narra:

“Es curioso, pero más grave que el miedo a decir que estaba perdiendo la escuela, era la vergüenza de decirles en mi casa que era el “*patito*” de todos, que todo el mundo abusaba de mí, y era ¡terrible!... eso me daba más vergüenza... Es curioso que cuando uno tiene miedo a fallarle a los demás, si lo tradujera a algo más preciso, el miedo a defraudar la expectativa que yo tengo frente a esas otras personas, quizás si le hubiera platicado a mi familia lo que me estaba pasando podría haber recibido alguna ayuda, pero yo tenía una idea de lo que debía ser para mi familia, esa imagen que debía proyectar y era de lo que estaba totalmente defraudado. Por lo tanto, no sólo estaba solo, no tenía puentes ni escaleras... ni, ni, ni cuerdas ni ningún modo de escapatoria... más grande que dolorosa, era vergonzosa y yo no podía pedir ayuda, no debía pedir ayuda. En mi mente nunca entró eso, y como tampoco sabía resolverlo yo solo, estaba solo y perdido”.

Ser el “*patito*” es ser payaso, el que divierte, del que se mofan todos, y pueden llegar a destruirlo. El no ser atractivo para los compañeros, para los iguales, tiene connotaciones importantes en la vida de los niños, de los jóvenes, y puede, como señala Ortega, (2002), trastocar su vida escolar y afectiva.

Evidencias como la anterior permiten distinguir cómo cuando una persona es víctima, empieza a distorsionar la percepción de su situación, se siente siempre insegura, perseguida, acosada y observada, a pesar de no tener a la vista a las personas que le hacen daño. Dan Olweus (1998) ya advertía que el dolor padecido por las víctimas sobrepasa, en este tipo de agresiones, el momento concreto del ataque y se mantiene de forma sostenida, ya que en la víctima se crea la expectativa de poder ser blanco de futuros maltratos en cualquier momento.

El sufrimiento de un sujeto roto por el fracaso escolar

El sufrimiento no sólo se puede circunscribir al relato biológico. El dolor alude a un dolor del alma, el sufrimiento surgido de la interpretación que hacemos sobre lo que nos pasa y los juicios que componen nuestra interpretación.

Entonces, si el sufrimiento provocado, en este caso por el fracaso escolar, descansa sobre los juicios que uno llevará sobre la ruptura o pérdida que nos causó una vivencia, significa que se habla de un espacio

de interiorización. Las narrativas de maltrato hablan de sufrimiento no sólo por lo sucedido, sino de lo que le molesta al actor en esa condición.

La escuela no sólo es un escenario de convivencia, de encuentro y armonía, sino que en algunos contextos se pueden configurar espacios de conflicto y malestar para algunos alumnos que terminan fracturados en sus emociones o, como señala José, en uno de los fragmentos que relata, en la subjetividad como escenario de su malestar ante sus compañeros en el grupo de secundaria. Cuando se le preguntó ¿qué sentiste ante el maltrato de tus compañeros?, comentó:

“Sentí que llegó el momento de llorar...lo malo es que mis mecanismos de llanto están averiados... no los de mis ojos...los del alma, o lo que eso signifique. En el mundo central de los sentimientos de pronto no hay refugio a la vista, ninguna luz distante en el camino, mi falsa confianza en mí mismo me ha abandonado. Desde años atrás sé que estoy roto, pero nunca tan claramente sentí el pánico de saberme irreparable. No es divertido saber que era un fantasma cuando supuestamente seguía vivo”.

Este es sólo un botón de muestra que nos permite hacer reconocible la subjetividad del actor de esta trama y que permite ver algunos de los problemas de maltrato entre iguales que se pueden generar en los centros educativos, y de los sentimientos de fracaso que provoca en aquellos que lo viven. En este caso se consideró el episodio de una víctima como referente, pero es importante no perder de vista a los agresores y observadores porque sus figuras en el escenario tendrán mucho que decir de sí mismos y de los otros actores del reparto en el momento en que pasen a narrar su libreto.

La memoria de estos actores, que participaron en las narrativas antes expuestas, fue un factor de suma importancia, ya que usualmente sabemos de la memoria por los recuerdos. Si no distinguimos los recuerdos de otras experiencias, la memoria no tendría existencia para nosotros.

El fracaso escolar vive en el recuerdo de los que han vivido maltrato en la escuela y recordar es traer al presente algo de lo que ocurrió en el pasado, es ser consciente de lo que fue, pero si actualmente continúa, no nos damos cuenta de su presencia. Es decir, las narrativas hicieron presente una ausencia. El recuerdo no fue libre, sino que está ligado a lo que ha sido. Las cosas están relacionadas con el mundo. El recuerdo es una representación, es una experiencia. Recordar es un acto ligado al sentimiento de lo real que se vincula al presente, pasado y futuro de los jóvenes que participaron en este escenario.

Como manifiesta Mèlich (2004), “en la posmodernidad cada microgrupo social, como es el de los jóvenes, posee sus propias leyes, su lógica y dinámica, sus valores, ritos y chivos expiatorios”. Pero la pluralización de tales esquemas no es sinónimo de desaparición. Todo lo contrario. Formalmente, su estructura persiste, aunque sus contenidos sean relativos a cada *mundo de vida*, a cada microcultura social. En la medida en que la posmodernidad lleva consigo la fragmentación de la conciencia colectiva, la crisis sacrificial resulta evidente. Pero a partir de la pluralización de los *mundos de vida* y de los microgrupos sociales, el rito sacrificial, aunque parcialmente secularizado, persiste en la particularidad y relatividad del mundo. No hay un rito universal que abarque todos los universos *signícos* y simbólicos, pero sí descubrimos muchos de ellos en cada forma de vida y en el juego de lenguaje en las interacciones escolares.

Esto, a pesar de que no hay un rito común a todos los contextos y entornos educativos. Sin embargo, en cada entorno educativo cotidiano, en la escuela, en el patio del colegio o dentro del aula, nos encontra-

mos con el mecanismo de violencia hacia una víctima que reaparece permanentemente en las narrativas de los niños y jóvenes que asisten e interactúan con sus pares en los centros educativos.

Conclusión

No pretendemos cerrar este artículo sin mencionar que el maltrato entre iguales (*bullying*) reclama la certeza sobre el dolor del otro o la visibilidad del dolor que implica la negación de la piedad, el apuntalamiento de la amenaza en el miedo y la angustia. Es una composición compleja de acciones, orientada a intensificar la experiencia de la destrucción del ser humano donde una de sus fases sería el fracaso escolar. La exhibición simbólica de la violencia implica un quebrantamiento ontológico, una súbita consciencia del fracaso del ser, que revela una capacidad de ofrecerse no sólo como violencia abierta, sino como una acción jerárquica normada. Como espectáculo, como supuesto lógico, como simulacro y como dominio de lo secreto, que reclama una comprensión intuitiva de su irrupción, a veces velada, inaccesible, en ocasiones sublime del maltrato entre iguales, que reclama romper con el techo de cristal que ha ocultado o ignorado por mucho tiempo las secuelas de esta forma de violencia que se presenta de manera cotidiana en las escuelas de nuestro país.

Bibliografía

- ARFUCH, Leonor (2002): *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BANDURA, Albert (1984): *Teoría del aprendizaje social*. Madrid: Espasa.
- DIAZ-AGUADO, María José (2004): *Prevención de la violencia y lucha contra la exclusión desde la adolescencia*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- FOUCAUL, Michel (1992): *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- MELICH J., Carles (2004): *Antropología simbólica y acción educativa*. Barcelona: Paidós.
- OLWEUS, Dan (1998): *Conductas de acoso y amenaza entre escolares*. Madrid: Morata.
- ORTEGA, Rosario (2003): *El proyecto Bullying de la escuela de Sevilla. Un modelo Educativo*. Sevilla: Conferencia Europea.
- ORTEGA, Rosario, y MORA-MERCHÁN, Joaquín (2000): *Violencia escolar. Mito o realidad*. Sevilla: Mergablum.
- OSORIO, Fernando (2006): *Violencia en las escuelas. Un análisis desde la subjetividad*. Argentina: Noveduc.
- PRIETO QUEZADA, María Teresa (2002): *Hacia una fundamentación teórica para el estudio de la violencia. Propuesta de intervención pedagógica*. Guadalajara: Del Villar Editores.
- (2005): "La violencia escolar. Un estudio en el nivel medio superior". En: *Revista Mexicana de Investigación Educativa*. COMIE. México.
- VELÁZQUEZ R., Luz María (2002): "Aplastando las hojas secas o sobre la violencia en la escuela". En: *Revista Educar*. SEP. Guadalajara.
- (2005): "Experiencias estudiantiles con la violencia en la escuela". En: *Revista Mexicana de Investigación Educativa*. COMIE. México.